



ROMANCE NUEVO

DE LA GITANILLA DE MADRID.

En el cual se refiere la peregrina y rara historia de una doncella, de la suerte con que la robó una gitana en Zaragoza; con otros varios sucesos que acaecieron; como lo verá el curioso.

PRIMERA PARTE.

Publicue á voces la fama
por los reinos mas remotos,
la mas peregrina historia,
el caso mas prodigioso,
el mas extraño prodigio,
el suceso mas heroico
que jamás suceder pudo
desde Adan hasta nosotros.
Oigan los que amantes finos
son prisioneros dichosos,
sujetando su alvedrio

á los lances peligrosos,
que resultan muchas veces
de los lances amorosos.
No quiero gastar mas tiempo
en frases ni en episodios,
sino pasar al asunto
que es digno de ser notorio:
y asi voy á dar principio,
atencion noble auditorio.
En la mas célebre patria
de cuantas el claro Apolo,

73

por todo cuanto penetran
 circundan sus rayos de oro,
 que es Zaragoza la bella,
 cuyos timbres no remonto,
 porque por mucho que diga
 siempre quedaré muy corto.
 En este jardin ó parque,
 residia un poderoso
 Conde, de muy alta esfera
 y de grande patrimonio,
 casado con una diosa,
 igual á su ser en todo.
 Vivian con mucho gusto,
 con quietud, paz y reposo:
 solamente deseaban,
 por encontrarse abundosos
 de bienes, un sucesor,
 para que con este logro
 se coronasen de dichas
 en tan feliz matrimonio.
 Con este deseo pues
 hicieron los dos esposos
 á la Soberana Madre
 de Dios Todopoderoso,
 Virgen Santa del Pilar,
 una promesa gustosos,
 diciendo, que si lograban
 sucesion para su abono,
 le harian un novenario
 de fiestas muy suntuoso,
 de misas y de sermones,
 juegos, torneos y toros.
 Hecha pues esta promesa,
 pasaron dias muy pocos,
 cuando la hermosa Condesa
 amaneci6 en cinta, y todo
 fueron gustos y placeres,
 de grande alegría asomos.
 Pasados los nueve meses
 sac6 á luz un prodigioso

extremo de la belleza,
 en una niña, que solo
 se esmer6 el cielo en dotarla
 de perfecciones á colmo.
 No rehero los festines
 que celebr6 el Conde heroico,
 que ser4 perder el tiempo
 y cansar al auditorio.
 Digo pues que recibió
 de los nobles muy gustoso
 los parabienes, y fué
 todo placer, gusto y gozo.
 Cri6se la hermosa niña,
 siendo el espejo de todos,
 hasta dos años cumplidos;
 cuando el Conde muy gozoso
 determin6 celebrar
 al simulacro precioso
 de la Virgen del Pilar,
 el novenario, y ansiosos
 buscaron los Oradores
 inteligentes y doctos,
 y los músicos más diestros,
 con gran prevencion en todo.
 Lleg6 el dia señalado,
 cuando de todo el contorno
 á Zaragoza acudió
 un concurso numeroso.
 Con grande acompañamiento,
 y muy lucidos adornos,
 el Conde y su esposa parten
 para el templo prodigioso;
 iba la dida tambien,
 llevando en sus brazos propios
 la niña, por quien se hacian
 estos obsequios honrosos.
 Era tan grande el tumulto,
 que les era muy costoso
 el poder cruzar las calles
 por el gentío copioso.

Iba el Conde y la Condesa
 mano á mano y hombro á hombro,
 la dida tambien con ellos,
 y los pages; pero todos
 con tal gusto, que en sus pechos
 no cabia el alborozo.
 Pero ay Dios, ¡y qué fingidas
 son de este mundo engañoso
 las glorias! y los contentos
 ¡qué poco duran, qué poco!
 Decia bien el que dijo,
 que cuanto es mayor el gozo,
 suele ser mayor la pena
 que sobreviene á los ojos.
 ¡Quién habia de decir
 que un dia de tanto gozo
 se habia de reducir
 á pena, llanto y asombro!
 Asi pues, oyentes míos:
 sucedió, y fué de este modo:
 que yendo los dos consortes
 para el templo primoroso,
 con toda la comitiva,
 muy alegres y gozosos,
 entre el confuso bullicio,
 sin saber por dónde ó cómo,
 una gitana llegó,
 inducida del demonio,
 y á la dida de los brazos
 hurtó el precioso tesoro
 de la niña, y muy velóz
 huyó por medio de todos,
 sin que persona ninguna
 reparára en este robo;
 que siempre en lances como este
 suelen ser ciegos y sordos.
 La dida muy afligida,
 con suspiros y sollozos
 le dió parte á la Condesa:
 considere aqui el curioso,

¡cuál quedarían los padres,
 oyendo este lastimoso
 suceso tan no esperado!
 Quedáronse muy absortos,
 y de la pena, en el suelo
 los dos cayerón redondos,
 con un fatal accidente,
 causando grande alboroto.
 Los pages que acompañaban
 á los queridos esposos,
 confusos y atribulados,
 viendo el caso lastimoso,
 en hombros la condujeron
 al palacio, y cuidadosos
 buscaron médicos sabios,
 que diligentes y ansiosos
 aplicaron los remedios
 mas oportunos y propios;
 y con estas diligencias,
 aunque con grandes sollozos,
 volvieron en sí los dos,
 mas con llanto tan copioso,
 que el corazon parecia
 destilaban por los ojos.
 La Condesa suspiraba,
 y con ayes dolorosos
 decia: querida prenda,
 á quien con el alma adoro;
 pedazo de mis entrañas,
 de mi cara espejo hermoso;
 ¡dónde estarás, hija mía!
 ¡quién te dará algun socorro!
 El Conde tambien lloraba,
 como padre, y congojoso
 hacia dos mil estremos,
 y con cuidado celoso
 hizo varias diligencias,
 despachando muchos propios
 por diferentes caminos;
 pero fué dificultoso

hallar consuelo, pues nadie
 trajo el indicio mas corto,
 como si hubiera caído
 en el mas profundo pozo.
 Aumentóse la congoja,
 creció el llanto doloroso,
 duplicáronse las penas;
 pero me será forzoso
 dejarles en este estado,
 porque tan grandes ahogos,
 los padres que tienen hijos
 pueden contemplarlos solo;
 mientras vuelvo á la gitana,
 que con paso presuroso,
 asi como llegó al hato,
 en donde estaban los otros,
 despojó la tierna niña
 de los vestidos costosos,
 y dentro de un cofrecillo
 con gran cuidado guardólos,
 y vistió de gitanilla
 á aquel ángel prodigioso;
 y aunque afligida lloraba,
 con alhagos cariñosos
 la consolaron; y en fin
 partieron de alli muy pronto.
 Anduvieron por provincias
 y paises muy remotos,
 criándola á sus costumbres,
 y esmerándose en un todo
 en enseñarla á danzar
 y cantar versos sonoros.
 Diéronla á entender que aquella
 era su madre, y su esposo
 era su querido padre,
 y la inocente creyólo.
 Creció en edad, y era tal
 la belleza de su rostro
 que pudo rendir á cuantos
 miraban su cielo hermoso.

Salió en el danzar tan diestra
 que era admiracion de todos,
 y en un salterio en las manos
 tañía tan primoroso,
 que si la voz entonaba
 elevaba al auditorio,
 dudando si era algun ángel
 por lo agradable y gracioso.
 En fin tan privilegiada
 era del cielo en un todo,
 que por su fama lograban
 hospedages muy honrosos,
 su habilidad celebrando
 donde quiera los mas doctos.
 Yendo pues por varias tierras,
 llegaron adonde el solio
 tiene nuestro gran Monarca,
 y entre aquellos poderosos
 Duques, Condes y Marqueses,
 en los saraos famosos
 se introdujeron, y tuvo
 su habilidad tanto abono,
 que á mas de adquirir gran fama,
 logró regalos preciosos.
 Tanto su fama voló,
 y se estableció de modo,
 que llegó al Rey la noticia,
 el cual viendo los apoyos
 con tanto encarecimiento
 de verla muy deseoso,
 á dos grandes les dió orden
 que aquella noche á las ocho
 ante su real presencia
 la lleven, sin que haya estorvo.
 Párome en aqueste punto,
 noble y discreto auditorio;
 y el autor muy cortesmente
 promete darle al curioso
 en otra segunda parte
 largas noticias de todo.

SEGUNDA PARTE,

En la cual se declara como andando corriendo la España, vinieron á parar á Zaragoza, en donde por un falso testimonio cayeron en manos de la justicia; y estando sentenciados á la pena de horca, se descubrió ser hija del Virrey.

Ya dije como mandó el Rey que ante su presencia aquella prócsima noche llevasen la bella Estela, que este fué el nombre que tuvo aquella beldad discreta. Cumplióse el real mandato con muy pronta diligencia: entró por el real palacio, subió, y con mucha destreza hizo los acatamientos ante la Magestad regia, y postrándose á sus plantas sus reales manos besa, diciéndole: gran señor, á quien Dios por su clemencia prospere en felicidades, y aumente la real diadema, á vuestras plantas me rindo sujeta á vuestra obediencia, aunque indigna, y os suplico perdoneis mi inadvertencia. El Rey mandó que al instante un sarao dispusieran; ordenóse, y con tal arte se portó la linda Estela, que quedó admirado el Rey, aficionada la Reina, apasionados los grandes, y todos á competencia le rendian los aplausos,

víttores y enhorabuenas. Dijo el Rey, que este sarao en la noche venidera se había de proseguir, que era gusto de su Alteza, y le dió de regalía dos mil escudos á Estela. Acabóse la funcion, cuando sagaz y discreta, haciendo el debido obsequio, al Rey le pidió licencia para partirse, y de todos se despidió con prudencia. Quedaron muy admirados de su docta inteligencia; pero el Conde de Valverde, que con mayor advertencia atendía á sus acciones y habilidades diversas, quedó tan apasionado, que si bien se considera, se le transformó el festin en un piélago de ideas, en un vesubio amoroso, principio de sus tragedias. Hallábase tan prendado, que sentidos y potencias voluntariamente ofrece, sin que atienda á su nobleza, porque el amor tarde ó nunca en el desdoro contempla.

Vino la siguiente noche,
y si bien en la primera
se portó Estela, parece
que en la segunda se empeña
á que con admiraciones
celebren su gentileza,
siendo esto para el Conde,
como al fuego añadir leña.
Prosiguió en fin muchas noches,
siendo en cada una de ellas
un prodigio los aplausos
que logró: con que la Reina,
viendo del Rey los extremos,
comenzó á formar sospechas,
trocándose su afición
en zelos que la atormentan;
y para salir de dudas,
y dar fin á sus quimeras,
dió secretamente orden
que de la corte salieran
Estela y su compañía,
sin que un punto se detengan,
so pena de su desgracia.
Supiéronlo, y con presteza
ordenaron su viage
con notable diligencia.
Llegó al Conde de Valverde
la noticia de esta ausencia,
el cual instantáneamente
mandó que se detuvieran;
al punto le contestaron,
diciéndole que era fuerza
salir luego de la corte,
que su Magestad lo ordena.
Quedóse pasmado el Conde,
pero como considera
que dentro en su corazon
quedaba estampada Estela,
decia consigo mesmo:
si este lucero se ausenta,

¿quién dará alivio á mis ansias
y á mi pensamiento treguas?
¿quién ha de poder vivir
sin gozar de su presencia?
Conde soy y ella gitana,
¿mas qué importa que lo sea?
¿acaso seré el primero
que desluce su nobleza?
Dios fué quien me crió Conde,
y en tan baja esfera á ella;
pero tambien puede ser
que esté viviendo encubierta:
en fin sea lo que fuere,
yo no puedo éstar sin ella,
donde hay amor, no hay reparo,
amarla ó morir es fuerza.
Llamó aparte al que juzgaba
padre de aquella belleza,
y le dijo: señor mio,
ya que la fortuna adversa
de esta suerte lo ha ordenado,
es preciso que usted sepa
como estoy determinado
(sin lisonja en la materia)
á ser dichoso marido
de la bellissima Estela.
A que respondió el gitano:
señor, mire su Escelencia,
que de una á la otra parte
es mucha la diferencia,
y aquesta desigualdad
puede suceder que sea
motivo de arrepentirse
cuando remedio no tenga;
no faltan en esta corte
damas de su igual esfera,
y así puede refrenar
esa loca pasión ciega.
Dijo el Conde: no es posible,
porque si posible fuera,

no llegára á tal extremo,
 ni en tal confusion me viera.
 Replicó el gitano y dijo:
 pues si el amor que profesa
 su Escelencia es verdadero,
 se ha de ecsaminar la prueba
 para quedar satisfechos,
 y ha de ser de esta manera:
 que si pretende lograr
 lo que su aficion desea,
 se ha de venir con nosotros,
 vistiendo nuestra librea,
 dos años corriendo el mundo,
 y sabrá por experiencia
 nuestro modo de vivir;
 y si al cabo se contenta,
 luego puede disponer
 lo que de su gusto sea.
 Aceptó el partido el Conde,
 que el amor mucho atropella,
 y luego instáneamente
 todos sus estados deja
 en manos de un tio suyo,
 diciéndole, que se ausenta
 de la corte con secreto
 á cumplir una promesa.
 Vistióse en fin de gitano
 (qué caro el amor le cuesta!)
 trocó su palacio rico,
 su regalo y asistencia
 en un miserable estado,
 como el que se representa.
 Quien era Conde en la corte,
 adornado de grandeza,
 se ve en traje de gitano,
 que es la última miseria.
 Quien blanda cama tenia,
 que descanso al cuerpo era,
 ahora diversas noches
 en el campo, á la inclemencia

del tiempo se ve abatido,
 sin que remediarlo pueda;
 pero nada siente el Conde,
 todo con gusto lo lleva,
 porque á vista de quien ama
 todo es gloria, nada es pena.
 Cumplidos veinte y dos meses
 cabales por buena cuenta,
 llegaron á un lugarcillo,
 de Zaragoza dos leguas,
 y en el meson se hospedaron,
 que asi lo quiso su estrella.
 Tenia este mesonero
 una hija, que en belleza
 pudo competir con Venus,
 y enamorada y resuelta
 del Conde, nuevo gitano,
 le hacia dos mil finezas;
 pero viendo que no hallaba
 alguna correspondencia,
 determinó declarar
 la pasion que le atormenta.
 El la despidió, diciendo,
 que freno á su amor pusiera,
 porque no le convenia;
 y ella porfiaba necia,
 diciendo, con él se iría.
 Y viéndola tan resuelta,
 el Conde la desengaña;
 mas viendo que la desprecia,
 quiso de él tomar venganza,
 y en su mochila le encierra
 todo un servicio de plata,
 y cuando estuvieron fuera,
 dijo á sus padres, faltaba
 la plata que dicho queda.
 Fuese el padre á la justicia,
 salieron mas de cuarenta
 hombres, y los alcanzaron,
 registráronlos, y encuentran

las prendas: con que el Alcalde, falto de toda prudencia, los ultrajó de palabras, alzó la mano violenta para darle un bofetón al Conde; mas con presteza de una cruel estocada yerto cadáver lo deja. Por fin fueron á la cárcel, y con grillos y cadenas al otro siguiente día á Zaragoza los llevan. A este tiempo el que era padre de la bellissima Estela se hallaba siendo Virrey, y fué quien dió la sentencia de que ahorquen los gitanos; y en este tropel de penas iban las pobres gitanas suplicando á la Virreina, intercediese piadosa, que hubiera alguna clemencia: mas no pudo conseguirse. Y viendo que el plazo llega de entrarlos en la capilla, y que remedio no encuentran, la que hasta entonces fué madre fingida de nuestra Estela, de la Virreina á las plantas se postró y su mano besa, diciéndole: gran señora, como el perdón me concedas, os declararé un enigma, que puede ser de que sea de gran gusto para todos. Y por saber lo que era,

la perdonó, y la gitana por estenso le dió cuenta de todo lo referido, diciéndole, como era su hija la que miraba; y para prueba le enseña los vestidos que guardaba en un cofre: y viendo cierta la novedad, del contento cayó desmayada en tierra. En esto acudió el Virrey, y vuelta en sí la Virreina, le dió cuenta del suceso; y tambien declaró Estela, como el que estaba en la cárcel de muerte con la sentencia era el Conde de Valverde, que ha de casarse con ella. Todo fué placer y gusto, fueron y lo echaron fuera; el Conde dió su descargo, y quedó como quien era. A los gitanos les dieron bienes con que mantuvieran decentemente su vida, luego las bodas celebran. Súpose en la corte el caso, de lo cual mucho se alegran; y á la Virgen del Pilar le hicieron solemnes fiestas, en hacimiento de gracias de dicha tan placentera. Y Vicente Venavente de esta gustosa novela concluye la relacion, y humilde el perdón espera.

FIN.

Valencia: Imprenta de Laborda, calle de la Bolseria, número 18, donde se hallarán otros diferentes.